

Revista

de

Ciencias Económicas

Publicación mensual del "Centro estudiantes de ciencias económicas"

Director:

Mario V. Ponisio

Administrador:

Eduardo S. Azaretto

Secretario de Redacción:

Rómulo Bogliolo

Subadministrador:

José Poggi

Redactores:

Italo Luis Grassi - Mauricio E. Greffier - Luis Marforio

José H. Porto - Jacobo Waisman - Juan F. Etcheverry

Año VI

Abril de 1918

Núm. 58

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CHARCAS 1835

BUENOS AIRES

Economía, valor, interés (*)

I

En mis estudios para la obra de ciudadano, fuí atraído desde luego por la economía política, cuyas doctrinas encontraba las más substanciales, por referirse a algunos de los fenómenos más concretos y mensurables de las sociedades humanas. Induje entonces a mi amigo Antonino Piñero a traducir el compendio de Leroy-Beaulieu, tarea en que lo ayudé, editándose el libro en Buenos Aires, hacia 1891. Su lectura me había dejado mayor certidumbre que la de “El Contrato Social”, de Rousseau, hecha abstracción del valor literario e histórico de una y otra obra.

Pero si me interesaba profundamente la idea de un orden económico, espontáneo y natural, superior a los errores y maldades de los gobiernos, chocábanme con no menos fuerza las graves faltas de método y de doctrina de la economía política, que, ignorando ciegamente o de intento la más inmediata realidad, supone una constitución jurídica ficticia de absoluta libertad, competencia sin límites y completa igualdad, dogmas que debilitan y deforman en ella toda expresión de simpatía humana.

El aspecto transitorio que adquirieron los estudios históricos bajo el nombre de “sociología”, fué un paso adelante, en cuanto se teorizó sobre todas las manifestaciones de la vida social, tomándose buena nota de los sentimientos de la especie. Mas al encerrarse, inerte, en su doctrinaria torre de marfil y pretender colocarse por encima de todos los par-

* Este trabajo, que fué publicado originariamente en los anales de la facultad de derecho y ciencias sociales, en el año 1913, se halla actualmente agotado, lo que nos decide a reeditarlo. — (N. de la D.).

tidos, la sociología pierde el rudo e instructivo contacto con la realidad, y no acierta siquiera a plantearse los mayores problemas. Comte y Spencer carecieron de experiencia histórica, casi no tuvieron roce sino con libros, y se entretuvieron en formular leyes abstractas, cuyo contenido útil es tan pequeño como débil su fundamento.

Entendido como la elevación de la masa del pueblo por su propio esfuerzo, colectivo y consciente, el socialismo tiene en sí todo lo necesario para llegar a la verdad histórica, el sentimiento que estimula la acción, la necesidad de ver claro para conducirla. Su aporte ha sido, pues, decisivo, también en el terreno de la teoría. Ha comprendido la preponderancia de los fenómenos de la producción en el cuadro de lo propiamente histórico, la subordinación de las instituciones políticas y jurídicas a la técnica y a la economía, la incesante evolución social que es la historia misma, la caducidad fatal de toda ley escrita que se oponga a la expansión de las fuerzas técnico-económicas.

Marx, principal arquitecto de ese edificio de doctrina, sin tiempo para sistematizar la fase afirmativa y constructiva de sus ideas, limitóse a señalar los grandes lineamientos del plan, y no acentuó lo suficiente el "substratum" biológico sobre que reposa, dándolo tal vez por sobrentendido. Y en su crítica de la economía política, tuvo la jactancia de tomar, como armas, algunas fórmulas burguesas que, aguzadas por su brillante ingenio, adquirieron en sus manos singular eficacia.

De ahí ha resultado que, aun entre los escritores socialistas haya persistido una confusión de conceptos y de términos que dificultan la ulterior elaboración doctrinaria. Necesario es, pues, llevar adelante, en el terreno de los estudios históricos, la doble operación de análisis y síntesis en que consiste, en general, el progreso de la ciencia.

En el estudio de la historia, el análisis consiste en distinguir las diferentes actividades humanas, y la síntesis, en ordenarlas, estableciendo sus vínculos de interdependencia.

Ni una ni otra de estas operaciones ha llegado todavía a término respecto de la actividad económica. Fuera de su sentido vulgar, las palabras "economía" y "económico" no lo tienen preciso. La ciencia económica no ha sabido aún limitar su propio campo, ni tampoco abarcarlo por completo.

Confundida al principio con las doctrinas de la política y la administración pública, se aleja de ellas al comprender-

se el rol subalterno del estado en los fenómenos de la producción, tendencia que se exagera bajo la influencia de las ilusiones de igualdad de la Revolución Francesa, hasta culminar en J. B. Say, para quien la economía política es el estudio de “cómo se producen, distribuyen y consumen las riquezas en la sociedad” (1), con intervención favorable o perjudicial, pero siempre accesoria e insignificante del gobierno.

Guardando más relación entre el nombre y la cosa, su contemporáneo Sismondi define la economía política como “la ciencia del bienestar físico del hombre, en tanto que ese bienestar depende de su gobierno” (2).

Y después, cuando se quiere definir la economía política, se habla siempre de riquezas o bienestar físico, o, como Mac Culloch, en 1825, de “la producción de artículos necesarios, útiles o agradables” (3), o, como de Greef, de “la vida nutritiva de las sociedades” (4). Y se denomina económico todo lo atinente a la riqueza y al bienestar material, pudiendo también entenderse, tan vago e indeciso es el empleo de la palabra, que es un fenómeno económico toda relación en que interviene el dinero.

Escritores que dan al término “económico” ese sentido incierto y equívoco, han contribuido, sin embargo, a delimitar el campo de la economía política mejor de lo que se hacía antes. Así Stuart Mill: “En cuanto la condición económica de las naciones depende del estado de los conocimientos físicos, es asunto de las ciencias físicas y de las artes que en ellas se fundan. Pero en cuanto sus causas son morales o psicológicas, dependen de instituciones y relaciones sociales o de principios de la naturaleza humana, su investigación corresponde, no a la ciencia física, sino a la moral y social, y es el objeto de lo que se llama economía política” (5). Stuart Mill esboza de ese modo la separación entre la técnica y la economía, que aparece también en Schmoller, cuando dice: “La economía nacional (“Volkswirtschaft”) quiere separar y apoderarse del lado social de los fenómenos económi-

(1)—“Catéchisme d'économie politique”, 1815. París 6ª edición, 1881, página 1.

(2)—Citado por G. de Greef, “La sociologie économique”, París 1904, página 7.

(3)—“Principles of political economy”, Londres, 1872, página 9.

(4)—Obra citada, página 27.

(5)—“Principles of political economy”, edición de Londres, 1895, página 36.

cos, relegando al segundo plano las fases técnica y doméstica de los mismos fenómenos; y quiere también dividir los fenómenos sociales y políticos en dos partes, y ocuparse solamente de su lado económico" (6). Aunque la doble expresión de "lado social de los fenómenos económicos" y "lado económico de los fenómenos sociales" es ambigua oscura, lo cierto es que, para Schmoller, la técnica o acción internacional del hombre sobre el medio físico y sobre las otras especies vivas, no entra propiamente en la economía, como tampoco el consumo personal de los productos del trabajo.

Gide determina mucho mejor aun el campo de la economía política cuando dice que "tiene por objeto las relaciones de los hombres en sociedad, en tanto que esas relaciones tienden a la satisfacción de sus necesidades materiales y al desarrollo de su bienestar" (7). Atribuyo la superioridad de este concepto a que Gide, más que profesor universitario, ha sido un activo propagandista popular de la acción económica bajo la forma de la asociación cooperativa. Su definición se resiente asimismo de la influencia tradicional. Sólo considera económicas las relaciones de los hombres cuando tienden al desarrollo de su bienestar. Gremios enteros, sin embargo, se ocupan de la fabricación y el expendio de bebidas manifiestamente nocivas para el individuo y la sociedad. Si nuestra aversión por el alcohol y las consecuencias de su consumo ofuscasen nuestro criterio científico hasta el punto de considerar a esos hombres fuera del mundo económico, y condenarlos como criminales, ¿extenderíamos el anatema hasta el cultivador de la uva, del maíz, o del centeno, usados en la destilación, y hasta los obreros que fabrican los vasos y botellas? La moda afea el mundo, encarece la vida, molesta y tiraniza a las personas. Ella determina con todo cambios bruscos en la ocupación de muchos productores y comerciantes, le obliga a entrar en nuevas relaciones entre si y con otros hombres, en busca de la nueva materia prima, del nuevo modelo, de la adaptación a la nueva técnica, del nuevo mercado, relaciones que no podemos llamar sino económicas. ¡Ni cómo reducir el mundo económico a las relaciones entre los hombres tendientes a satis-

(6)—Artic. "Volkswirtschaft" del "Handwörterbuch der Staatswissenschaften", 3ª edición, VIII, página 428.

(7)—De Greef, obra citada, página 9.

hacer sus necesidades materiales! Entran de lleno en él las relaciones humanas para la producción y el comercio de libros, piezas de música, imágenes, material artístico y científico de todo orden, destinados al deleite y esparcimiento del espíritu.

Cuanta mayor trascendencia asignamos a la teoría general de las actividades humanas como guía de la conducta individual y colectiva en la compleja labor histórica, mejor comprendemos que no han de clasificarse esas actividades según la bondad o malignidad que se les reconocen y atribuyen por ciertos individuos o grupos humanos en momentos determinados, sino por sus caracteres propios, permanentes y objetivos.

Si fuéramos a llamar económico todo lo conducente a la vida material, con la misma razón llamaríamos artístico al trabajo de hacer cuerdas de violín, literario al instituir un premio académico, y actividad científica al votar dineros públicos para algún laboratorio.

La adaptación inteligente e intencional del medio físico-biológico a la vida de la especie humana, constituye la actividad histórica fundamental, que es la técnica. Consiste en la aplicación del esfuerzo del hombre al suelo, a las otras especies, a las materias primas, directamente, o con la herramienta y la máquina.

II

A los fines de la técnica, danse los hombres una organización que responde, directa o indirectamente a ella, divídese el trabajo en el taller, en la fábrica, en la tienda, en la empresa, en la ciudad, en el país, en el mundo. Esa es la organización económica, tan subordinada al ambiente geográfico, a la población y al armamento industrial, como la de un ejército a su número, al terreno en que opera y a sus armas. En cuanto es intencional y calculada, la organización económica implica el esfuerzo consciente de los hombres que establecen, extienden y transforman las relaciones humanas a los fines de la técnica, como el empresario agrícola o industrial al reclutar el personal de la chacra o de la fábrica, el comerciante al vincular lugares y países en el cambio de cosas y servicios, el banquero al discernir el género de empresas que conviene fomentar. La actividad económica actúa directamente sobre los hombres, y quienes la ejercen es-

tán sujetos a sentimientos y expuestos a reacciones muy distintas de los sentimientos y reacciones que nos inspiran y presentan en el trabajo los animales y las cosas. Y mientras la actividad técnica, en una u otra forma, es atributo y obligación de casi todos los hombres, la mayor parte de éstos, son por ahora, pasivos en la organización económica, si bien, como accionistas de sociedades anónimas, y, sobre todo, en las cooperativas obreras, abiertas de hecho a todo trabajador, intervienen activamente en ella masas crecientes y ya considerables de personas.

Delimitada la actividad económica respecto de la técnica, y establecida su íntima conexión con ésta y con la base físico-biológica de las sociedades humanas, se comprende que la teoría económica sea inseparable de la doctrina histórica en general, lo que se evidencia aún más al considerar que tampoco es posible la organización económica bajo la forma de cooperación pasiva que predomina hasta ahora, sin el sistema político y jurídico que obliga a los hombres a cooperar. En efecto, al consolidar predomios de clase, muchas veces derivados de predomios de raza resultantes de la guerra, las constituciones y leyes políticas tienden ante todo a dar fuerza a las relaciones jurídicas de propiedad, que fijan el privilegio de los unos respecto de la tierra y los medios de producción, y sujetan a los otros a la cooperación coercida. En cuanto es necesaria para la convivencia de masas de hombres, que ya no pueden existir separados, ni son capaces aun de crear formas superiores de organización social, la política es de gran trascendencia histórica, aunque traiga aparejado el empleo de la fuerza en las relaciones entre los hombres, y sea función exclusiva de la clase propietaria, a la cual incumben también de ordinario las funciones económicas directivas.

Subordinada cada vez más la técnica destructiva, o de la guerra, a la técnica productiva y la economía de las sociedades, no pueden tampoco, las formas políticas y jurídicas subsistir si no concuerdan con las exigencias técnico-económicas. Así como desapareció el disgregado poder de los señores feudales ante el creciente absolutismo de los reyes apoyados por las clases productoras, y, a su vez los monarcas fueron más tarde anulados o suprimidos por las constituciones políticas burguesas, así también el progreso de los procedimientos de cultivo ha exigido en Europa la apropiación individual de los terrenos comunales, transformación ju-

rídica a que asistimos todavía en Rusia, en la más vasta escala. Y al mismo tiempo, se acrece el clamor contra la propiedad individual de los gigantescos sistemas industriales y comerciales monopolizados por los trusts, y comienzan a sufrir el embate revolucionario las formas jurídicas de apropiación del suelo argentino, todavía acaparado en inmensos latifundios, cuando ya el aumento de la población, las vías férreas, los puertos y la demanda del comercio mundial, piden a gritos su subdivisión en chacras estables y bien instaladas.

Con el sufragio universal, la actividad política se difunde en la masa de las sociedades más modernas, se debilita el privilegio y se asegura la adaptación más fácil y pronta de las instituciones jurídicas a la técnica y la economía.

Pero queda todavía en manos del gobierno un poder inmenso, con harta frecuencia usado para satisfacer prepotencias y bajos apetitos; queda, sobre todo, el derecho de propiedad, con su avidez de lucro y su organización de clase, y que, al transmitirse por herencia, se caracteriza como privilegio puro, extraño a toda función económica o política, sin más rol en la historia que el de intervenir arbitrariamente en la distribución de la riqueza. ¿Cómo prescindir, pues, de la teoría de la distribución de la riqueza?

Las teorías sobre el mundo físico son, en su principio, someras y fantásticas. Nada de extraño que no comprendamos, desde luego, un mundo que no hemos creado. Pero a medida que incorporamos sus elementos a nuestra técnica, nuestras nociones e hipótesis acerca de ellos se profundizan y coordinan sin interrupción ni tropiezo.

¡Cuán oscuras, en cambio, aparecen ahora relaciones sociales, que, en su origen, fueron de una total transparencia, como establecidas intencionalmente por los hombres! Si las opiniones acerca de esos hechos se confunden y embrollan hasta dar la impresión de una evolución regresiva de la doctrina, debe ser porque antagonismos de clases y partidos alimentan las disidencias teóricas con sofismas y sutilezas ideados para fines de apología o de crítica.

Tal ha sido la suerte de la teoría del valor. Se reconoció desde un principio que éste depende ante todo del trabajo que cuesta producir las cosas necesarias o deseables. El trabajo y la utilidad fueron así considerados como los dos factores del valor.

Cundió después por un momento la ilusión de Quesnay,

que no acertando en la renta del suelo, consideró productivo únicamente el trabajo agrícola, porque da un "producto neto", y llamó "clase estéril" a la formada por los demás trabajadores, error que Adam Smith pronto dispuso.

Ricardo utilizó ya, equiparando teóricamente la fuerza humana a las mercancías, sutileza innecesaria en él, pues aunque la distribución de la riqueza era, a su juicio, el tema principal de la economía política, no llevó muy lejos el análisis de las relaciones históricas de los hombres, y admitió ingenuamente la ganancia proporcional al monto del capital empleado, y al tiempo de su empleo como un renglón normal del costo de producción, fundamento del valor de cambio.

Habíase elaborado entretanto la teoría de la renta del suelo, y comprendido que el precio de los productos agrícolas tiende hacia su costo de producción en las tierras menos fértiles, o más distantes del mercado, que se hallen en cultivo. Y aplicando este principio a los productos en general, dijo Ricardo: "El valor de cambio de todas las mercaderías, sean ellas manufacturadas, o producto de las minas, o producto de la tierra, es regulado siempre, no por la menor cantidad de trabajo que basta para su producción en circunstancias altamente favorables, y disfrutadas exclusivamente por los que tienen facilidades peculiares de producción, sino por la mayor cantidad de trabajo necesariamente empleado en su producción por los que no tienen semejantes facilidades; por los que continúan produciéndolas en las circunstancias menos favorables; entendiéndose por las circunstancias menos favorables, las más desfavorables, bajo las cuales la cantidad requerida de producto hace necesario realizar la producción" (8).

Quedaban así reconocidos los elementos determinantes del precio, que tiende a confundirse con el costo de producción en la sociedad actual; el trabajo máximo necesario para producir un artículo, lo que significa un premio para quienes lo produzcan con menor trabajo; la utilidad de ese trabajo, pues la demanda del producto señala el límite hasta el cual dicho trabajo se ha de llevar, y el beneficio que se atribuyen los propietarios de los medios de producción del artículo, no como dueños de determinados medios específicos

(8)—"Principles of political economy and taxation", edición Goner, Londres, 1891, página 50.

de trabajo, sino como tenedores de una parte, cualitativamente indiferente, del capital total.

Marx, cuya acción revolucionaria fué casi exclusivamente política, vió en la doctrina del valor un medio de evidenciar la explotación de los trabajadores por el capital. Consideró el tiempo de trabajo humano socialmente necesario para producir una cosa la medida y la substancia de su valor, y, asimilando, como Ricardo, el trabajo humano a las mercancías, productos de ese propio trabajo, dijo: “El valor de la fuerza de trabajo, como el de toda otra mercancía, es determinado por el tiempo de trabajo necesario para la producción y reproducción de ese artículo especial” (9), es decir, por el costo de subsistencia del trabajador y de su prole, en cuanto ésta es indispensable para reemplazarlo en el “mercado del trabajo”. Necesitaba Marx esta premisa para llegar a su doctrina de la supervalía, o valor creado gratuitamente para el capitalista durante el tiempo excedente que cada productor asalariado trabaja sobre el destinado a producir el valor de su propia mantención.

La confusión de hombres, o de su fuerza de trabajo, con las mercancías, no es concebible cuando se ha llegado a comprender clara y definitivamente la base biológica de la historia. Pero lo que sería un error en un doctrinario profesional, hay que verlo en Marx, todo él sentimiento y acción, como un artificio de razonamiento, con fines de agitación. Y así también, la equiparación que hace de las fuerzas sociales de la producción a las fuerzas naturales, cuando dice: “la fuerza productiva social del trabajo no cuesta nada al capital”, “se desarrolla gratis así que los obreros son puestos en determinadas condiciones” (10), “las fuerzas productivas resultantes de la cooperación y de la división del trabajo, son fuerzas naturales del trabajo social” (11).

Porque hace del trabajo técnico la única fuerza humana productiva, la teoría de Marx sobre el valor ha sido mirada como revolucionaria por excelencia. Y contra ella han aparecido doctrinas nuevas, más simpáticas al privilegio, que recalcan el papel de la utilidad en la génesis del valor. Tales son las teorías psicológicas, o del valor subjetivo, cuya forma más divulgada es la de que el valor de una cosa se

(9)—“El Capital”, traducción castellana, Madrid, 1898, página 139.

(10)—Obra citada, página 284.

(11)—Obra citada, página 330.

determina por la utilidad del último ejemplar o de la última unidad de medida disponible de esa cosa, por su utilidad límite, por su utilidad última. Para demostrarlo, incurren los teorizadores en ingeniosidades nimias, tendientes a explicar el valor sin mencionar el trabajo; y repiten la trivial observación de que no basta la utilidad de una cosa para darle valor, sino que ésta ha de ser también de “relativa rareza”; y comparan el valor de un litro de agua junto a una fuente inagotable con el del único litro disponible en medio de un árido desierto; y saben cómo se manejaría Robinson en su isla, no para emplear mejor su trabajo, pues decir así sería poco doctrinario, sino para imponerse el menor “sacrificio”; para evitarse el mayor “dolor”, o, para abreviar su “tormento de trabajo”. La ficción es completa cuando pretenden ver cumplidas en el mundo económico real las teoremas que extraen de aquel mundo fantástico. “En la Robinsonada — dice Bohm-Bawerk—, como todas las disposiciones sobre todas fuerzas productivas dependen de una sola y misma persona, todas estas conexiones entre sacrificio y utilidad aparecen cerea y claras ante nuestros ojos. Las mismas conexiones existen en la economía nacional plenamente desarrollada con la división del trabajo; pero el principio y el fin se separan en ésta, y entre ellos se intercalan cantidad de miembros intermediarios exteriormente independientes, bajo la forma de los diversos bienes productivos que sirven para hacer un producto, y que, desde el punto de vista del productor, aparecen como sus costos (12).

La comparación es tan grosera e inexacta como el símil vulgar de una sociedad humana con un organismo individual, animal o planta. No hay una conciencia colectiva que dirija y coordine los esfuerzos productivos de los hombres en la sociedad actual. Ellos se distribuyen al acaso de las inspiraciones individuales de los propietarios que disponen del capital. El aprovechamiento del trabajo humano no se realiza sino al tanteo, por aproximación, como resultado de un áspero roce de voluntades e intereses individuales, opuestos muchas veces, por ignorancia o concupiscencia, al bien común, y que, en consecuencia, ocasionan desperdicio y aniquilamiento de fuerzas. Aun las manifestaciones más cla-

(12)—Artículo “Wert”, del “Handwörterbuch der Staatswissenschaften”, 3ª edición, tomo VIII, página 769.

ras de solidaridad consciente, como se las encuentra en la cooperación libre, y a veces ya también en el estado, chocan con resistencias externas, causas de desgaste.

La teoría de la "utilidad límite", que intenta explicar las relaciones entre los hombres disimulando el privilegio, no es, en lo que tiene de substancial, sino la otra fase de la doctrina de Ricardo. La "utilidad mínima", calificada por el trabajo necesario para obtenerla, es el perfecto equivalente del "costo máximo", calificado por la demanda, por la extensión y la intensidad del deseo por satisfacer.

Y si observamos que la última unidad producida de un artículo, o la más costosa, es producida evidentemente respondiendo a la demanda más urgente, es la primera unidad pedida, la más útil o deseada, y vice versa, con la misma propiedad que del "costo máximo" o de la "utilidad mínima", podríamos hablar del "costo mínimo" o de la "utilidad máxima" como fundamento del valor.

Al afirmar la prioridad de la demanda en la determinación del valor, la doctrina de Jevons y Menger parece aproximarse a la teoría de la historia que da la preponderancia a los apetitos más generales. Pero el trabajo tiene también su psicología, se acompaña en cierto grado de placer, espera su premio. Apetito y trabajo, trabajo y apetito se confunden en el huevo.

No son distinciones sutiles las que pueden hacer progresar la teoría, cuando se ignoran diferencias más substanciales; y, como la doctrina económica de Ricardo, la de la "utilidad límite" confunden al hombre con las cosas.

Después de explicar que el monto de dinero que el propietario de una cosa, dotada para él de un valor de uso inmediato, acepta en cambio de ella, se fija estableciendo primero qué bienes pueden adquirirse con el monto de dinero ofrecido por el comprador, y si esos bienes son más útiles que el bien por entregar, dice un profesor de Viena: "Así juzga también el trabajador el salario que se le ofrece según la masa de valores de uso que puede conseguir con él; cuando los trabajadores creen que les corresponde en mayor cantidad, o si suben los precios de los valores de uso, pedirán la elevación de los salarios" (13). No nos dice el profesor de Viena qué valor de uso tienen para el proletario sus pro-

(13)—Zuckerkindl. Artículo "Preis" (Theorie), del "Handwörterbuch der Staatswissenschaften", tomo VI, página 1134.

pios brazos fuera del salario, cómo pueden servirle de "Befriedigungsmittel" si no acepta las condiciones que le ofrece el capital.

III

Esa confusión de hombres y cosas, que ciertos economistas hacen para ignorar la explotación del hombre por el hombre, y Marx, para patentizarla, es un obstáculo insuperable a todo desarrollo ulterior de la teoría del valor. Porque en cambio de servicios humanos se dan cosas, se pretenden comparar, en cuanto a su valor, el trabajo humano con las cosas por él mismo producidas, lo que falsea y obscurece toda la doctrina.

No parece que podamos ir adelante sin establecer que todo valor es el valor de determinados trabajos y servicios humanos, y el valor de las cosas, el de los trabajos humanos que las han creado.

¿Vamos así a dar nuevo pábulo a la disputa entre los partidarios del trabajo y los de la utilidad como substancia y medida del valor? En manera alguna. Todo se reduce a decir que el valor está en la utilidad del trabajo.

Y esto es más que una simple solución verbal. Quiere decir que, además del trabajo técnico, hay el trabajo económico, la actividad de los hombres que calculan la mejor aplicación posible del trabajo técnico, de sí mismos y de los demás, de los hombres que reconocen la demanda y se ocupan de que sea ella atendida, sin exceso.

No sólo el trabajo de dirección técnica, que guía nuestra acción intencional sobre el medio físico-biológico, tiene, pues, un alto valor. Lo tiene también el trabajo económico, que combina y organiza los esfuerzos de los hombres en esa acción, y los dirige a satisfacer las necesidades más sentidas. "El valor de las cosas es el del trabajo humano necesario para producirlas, trabajo medido no sólo por su duración, sino también por su intensidad, y por su calidad tanto como por su cantidad." "El trabajo humano es de tanto mayor valor cuanto más inteligente, cuanto más solidario" (14).

Marx, que para acentuar el privilegio del capital, ignora el trabajo económico como creador del valor, dice: "En

(14)—J. B. Justo, "Teoría y Práctica de la Historia", Buenos Aires, 1901, página 247.

la gran industria aprende el hombre por primera vez a hacer actuar gratuitamente en grande escala, como una fuerza natural, el producto de su trabajo pasado y ya objetivizado" (15).

En realidad, debido a la enorme división del trabajo entre los hombres, somos y nos sentimos cada uno de nosotros tan incapaces de hacer convenientemente ni una mínima parte del sinnúmero de operaciones técnicas, de cuyo cumplimiento depende nuestra vida diaria, que para cada hombre en particular la técnica en general forma parte ahora del ambiente físico-biológico, del ambiente natural. Aun como productor, cada hombre depende de muchos otros por las materias primas y los instrumentos y máquinas con que trabaja, los que no sabría por sí mismo producir.

En el mismo grado en que se ha estrechado así la conciencia técnica de cada hombre relativamente al desarrollo de la técnica general, se ha hecho necesaria la actividad económica de los hombres que comprenden, organizan y dirigen las fuerzas sociales de la producción; pero, lejos de ser gratuito, este trabajo económico exige una alta remuneración, y puede adjudicársela por sí, pues lo ejercen, por lo general, propietarios de los medios de producción.

La vinculación del trabajo económico a la propiedad privada obscurece en un doble sentido los resultados de actividad tan fundamental. La sujeta desde luego el capricho con que la propiedad está distribuída entre los hombres, activos o parásitos, capaces e ineptos. Sufrimos así, además de las oscilaciones de los precios debidas a irregularidades del medio físico-biológico en sus relaciones con la producción, todavía imposibles de prever, además de las crisis que de ello pueden resultar, las pérdidas causadas por la negligencia o la impericia de los jefes de la economía, y las traídas por los que se lanzan temerariamente a caza de ganancias, sin sentir ni comprender la función social de la propiedad. Y al confundirse con el privilegio, la función económica en general carga con las odiosidades que suscita la extorsión de los trabajadores por los propietarios más codiciosos y ávidos de lucro. No es, pues, siempre claro ni mensurable, ni reconocido por todo el mundo, el valor de la actividad económica, ni tampoco la proporción entre ese valor y el que se apropia

(15)—Obra citada, página 332.

cada capitalista en virtud de su propiedad de determinada cantidad de medios de trabajo en general.

Uno de los factores del precio es la tasa media de beneficio sobre el capital empleado, hacia la cual tienden las ganancias de las distintas empresas. Ricardo no intentó siquiera la explicación de esa ganancia, mirándola, según parece, como una ley inmanente de la sociedad humana.

Marx, por el contrario, quiso ante todo descorrer el velo que ocultaba el proceso de la valorización del capital. Dió al efecto sus teorías del valor y la supervalía. Reconoció, empero, la tendencia del capital a obtener una tasa igual de beneficios en todos los campos de su aplicación, ya tome principalmente la forma de "capital variable", y se invierta más en salarios que en animales, máquinas y materias primas, ya sea sobre todo "capital constante", y se invierta en adquirir estos productos del trabajo pasado del hombre más que en pagar trabajo humano actual. Tuvo, en consecuencia, que transformar su "tasa de la supervalía", o proporción en que el valor producido por el obrero se divide entre éste y el capital, en tasa media de beneficio del capital, o proporción media en que la unidad de ésta se acrece en un tiempo.

Este hecho, de observación y cálculo vulgar, debería ser uno de los puntos de partida de la teoría del interés. Las escuelas nuevas, sin embargo, que pretenden explicar el valor sin el trabajo intentan explicar el interés sin la propiedad. Lo atribuyen a la abstinencia de los capitalistas, frente a productos que, por su cantidad, les es imposible consumir, o que no son absolutamente artículos de consumo. Lo atribuyen a la "espera", cuando, quiéralo o no el capitalista, tanto para la producción como para el consumo, se necesita tiempo. ¿No son una caricatura de la propiedad privada estas doctrinas que suponen a los potentados capaces de comerse todo instantáneamente? Marshall dice: "la tasa del interés es mantenida a su altura actual por la preferencia que la gran masa de la humanidad tiene por las gratificaciones presentes, respecto de las diferidas, o, en otras palabras por su no querer esperar" (16). ¿No es eso un sarcasmo, cuando la gran masa de la humanidad apenas tiene con qué llenar sus más perentorias necesidades presentes?

Se atribuye el interés a la falta de previsión, sin per-

(16)—Marshall, "Principles of economics", Londres, 1898, página 665.

juicio de atribuirlo también a la inseguridad del porvenir. ¿Pero no corren por cuenta del prestatario los riesgos de la conservación o la reproducción de la cosa prestada?

Habla Bohm-Bawerk de un "interés primitivo" para el empresario, resultante de que sus medios de producción (materias primas, herramientas, trabajo asalariado), no siendo consumibles en su estado actual, son "mercaderías del porvenir" (17), que valdrán más cuando estén transformadas. Una página antes ha explicado el interés del dinero, diciendo que, como los pesos futuros son menos apreciados por la generalidad de los hombres que los pesos actuales, cien pesos hoy equivalen a ciento cinco dentro de un año. La obscuridad y la confusión, respecto del interés, son aún mayores en la más alta teoría, en la economía pura, que habla del transporte, como de la transformación de los bienes en el espacio, y del interés, no de la conservación, como de su transformación en el tiempo (18).

Mala e inconducente tiene que ser una doctrina sobre el interés, relación humana esencialmente histórica y transitoria, cuando se basa en elementos permanentes y estables. Las que critico son también falsas, porque, como las malas teorías sobre el valor y el salario, confunden con las cosas vendibles el trabajo asalariado.

¿Por qué los productos cuya elaboración es lenta, o los que exigen para su producción mayor capital inmovilizado en edificios y máquinas, valen más que los productos de la misma utilidad producidos con el mismo trabajo actual? Es lo mismo que preguntarse: ¿por qué da interés el capital comercial?

Por el privilegio inherente a la propiedad; porque en la sociedad moderna toca a cada propietario, en un tiempo dado, una porción de trabajo humano, vivo o muerto, recién en ejercicio o ya incorporado a la materia, que sus títulos de propiedad le autorizan a manejar.

En el curso de la historia, la dirección técnico-económica tiende a separarse de la propiedad jurídica de las cosas para pasar a manos de los hombres más aptos o dispuestos para aquella función, y en el mismo grado se generaliza y caracteriza el interés como la participación del capital en las

(17)—Obra citada, página 1011.

(18)—V. Furlan, artíc. "Wirtschaftliches Gleichgewicht", del "Handw. der Staatswiss", VIII, página 827.

ganancias obtenidas por los que manejan la producción y el cambio.

El problema es determinar la parte de las ganancias que pasan a manos del capitalista, en forma de interés.

Marx ha reconocido en cierto modo el valor del trabajo económico al admitir que el empresario puede aumentar sus ganancias introduciendo procedimientos técnicos y formas nuevas de cooperación que hagan el trabajo más productivo, reduzcan, por lo tanto, el tiempo de trabajo necesario para la subsistencia del obrero mismo, y aumenten en proporción el que éste trabaja gratuitamente para el patrón. Al beneficio así obtenido, llámalo Marx "supervalía relativa", para distinguirlo del obtenido por la explotación del trabajo en la forma tradicional, designado por él "supervalía absoluta".

Parece indudable que las ganancias provenientes de la iniciativa de los patrones de la industria y el comercio de su esfuerzo inventivo y organizador, ganancias las más variables de un empresario a otro, sean las que más regularmente cada uno de éstos retenga para sí, y que el interés del capital tomado en préstamo no salga sino de la ganancia corriente de las empresas en general. El interés tendería, así, a confundirse con las ganancias rutinarias del capital. Ya lo dió a entender Roscher, al decir que para la tasa del interés es "decisivo el rinde del empleo menos productivo del capital" (19).

Compréndese, mediante esta teoría, el descenso de la tasa del interés en la historia, al acelerarse la evolución de las sociedades.

No se produce esa baja del interés, como dice Bohm-Bawerk, "a consecuencia de un crecimiento de los capitales que sobrepasa al aumento de las ocasiones de emplearlos" (20). Ante la revolución acaecida en la técnica del transporte, que ha multiplicado y extendido inmensamente las relaciones económicas entre los hombres, dentro de cada país y en el mundo, ante la conquista de enormes territorios incultos por las naciones más provistas del capital, ante la entrada de pobladores innumerables al mercado universal, y la creciente exigencia de más alto nivel de vida por las masas

(19)—Citado por Bohm-Bawerk, artículo "Zins", del "Handwörterbuch für Staatswissenschaften" tomo V, página 1012.

(20)—Obra, citada, artículo "Zins", tomo VIII, página 1013.

populares, ¿cómo creer que hayan disminuído relativamente las ocasiones de empleo de capitales?

Es ésta una suposición tan infundada como la de que los nuevos inventos, al dar lugar a nuevas empresas que obtienen grandes ganancias, determinan el alza de la tasa del interés, lo que, de ser cierto, hubiera determinado en los últimos ciento cincuenta años un alza considerable del interés.

Se repite que la construcción de ferrocarriles, en su principio, hizo subir el interés. ¿Dieron esos primeros ferrocarriles grandes ganancias? ¿No se han extendido mucho más rápidamente después, al mismo tiempo que la tasa del interés bajaba? ¿No data el descenso regular del interés de la revolución técnico-económica, que avanza cada vez más ligero?

La explicación sería, pues, la inversa de la que sugieren las teorías apologégicas del capital. Al sucederse cada vez más rápidamente las innovaciones técnicas y revolucionarse la economía con más celeridad, se estrecha el campo para los modos tradicionales de producción, se reducen las ganancias rutinarias del capital, y baja en consecuencia la tasa del interés.

JUAN B. JUSTO.